

Henri Bergson

Memoria y vida

Textos escogidos por Gilles Deleuze



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Bergson: Mémoire et vie*
Traducción de Mauro Armiño

Primera edición: 1977
Tercera edición: 2016
Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Retrato de Henri Bergson
© Getty Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Mauro Armiño
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-309-6
Depósito legal: M. 409-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

	9	Vida y obra de Henri Bergson, por Ángel Rivero
15	1.	La duración y el método
15	A)	Naturaleza de la duración
26	B)	Caracteres de la duración
35	C)	La intuición como método
55	D)	Ciencia y Filosofía
65	2.	La memoria o los grados coexistentes de la duración
65	A)	Principios de la memoria
79	B)	Psicología de la memoria
90	C)	Papel del cuerpo
117	3.	La vida o la diferenciación de la duración
117	A)	El movimiento de la vida
141	B)	Vida y materia
163	4.	Condición humana y filosofía
163	A)	La filosofía
181	B)	La condición humana y su superación
199	C)	Conclusión
211		Bibliografía

Vida y obra de Henri Bergson

Henri-Louis Bergson nació el 18 de octubre de 1859 en París. Aunque su padre, un músico competente, procedía de una rica familia judía polaca y su madre era de origen judío británico, Bergson recibió una educación típicamente francesa y desarrolló toda su carrera profesional en Francia. Sus primeros estudios los cursó en el Lycée Condorcet, de París, donde mostró una gran aptitud, por igual, para las letras y para las ciencias. Según él mismo, unas y otras le atraían por igual, y cuando finalmente optó por las últimas, su profesor de matemáticas visitó a sus padres para protestar por la decisión. Su educación continuó en la École Normale Supérieure de París donde, de 1878 a 1881, le proporcionaron el tipo de cultura que le permitiría sentirse cómodo tanto entre los clásicos griegos y latinos como con la ciencia más avanzada de su tiempo.

Su carrera docente la inició como profesor de instituto, primero en Angers, de 1881 a 1883, después durante cinco años en Clermont-Ferrand. Tal como le escribió al

filósofo pragmatista norteamericano William James, fue en este último lugar donde le aconteció una especie de revelación que daría lugar a su personal filosofía:

hasta ese momento había estado totalmente imbuido por las teorías mecanicistas a las que había llegado tempranamente a través de la lectura de Herbert Spencer (...). Pero fue el análisis de la idea de tiempo, tal como se utiliza en la mecánica y en la física, lo que alteró completamente mis ideas. Me di cuenta, para mi sorpresa, que el tiempo científico no *perdura* (...) y que la ciencia positiva consiste esencialmente en la eliminación de esa duración. Éste fue el punto de partida de una serie de reflexiones que me llevaron, gradualmente, a rechazar prácticamente todo lo que hasta entonces había aceptado y a cambiar por completo mi punto de vista.

Producto de ese cambio fue su obra *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, de 1889, mediante la cual se doctoró. En esta obra se explica el concepto de duración o tiempo vivido en tanto que algo opuesto a la concepción espacial del tiempo utilizada por la ciencia y medido por el reloj. El ensayo es una defensa de la libertad humana frente al determinismo científico, un tema recurrente en la obra del filósofo. Bergson contrapone al tiempo de la física, que entiende el cambio como una suma de instantes inmóviles, a la dinamicidad del tiempo psíquico o duración. Una vez eliminados los equívocos que confundían duración con extensión, sucesión con simultaneidad y cualidad con cantidad, sostiene Bergson, las objeciones a la libertad humana en nombre del determinismo científico quedan privadas de fundamento.

Con la publicación del *Ensayo* Bergson vuelve a París, como profesor en el Lycée Henri IV. En 1881 contrae matrimonio con Louise Neuburger, prima de Marcel Proust. En 1886 publicó lo que para algunos es la más difícil y perfecta de sus obras *Materia y memoria: ensayo sobre la relación entre el cuerpo y el espíritu*. En ella busca refutar la doctrina del llamado paralelismo psico-fisiológico que sostenía que para todo hecho psicológico hay un hecho fisiológico que lo determina. Para ello estuvo cinco años sumergido en la literatura científica sobre neurología y fisiología, tras los cuales afirmó que la actividad psíquica no puede explicarse a través del cuerpo. Según él, la memoria, la mente o el alma, es independiente del cuerpo y lo utiliza para llevar a cabo sus propios fines. El *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* tuvo un cierto eco, pero *Materia y memoria* le convirtieron en el que sería, según Russell, el filósofo más influyente y popular de su tiempo en Francia.

En 1887 regresó como profesor a la École Normal Supérieure y poco después en 1900, se incorporó al Collège de France, la institución académica de mayor prestigio en Francia. Fue en ese momento cuando el *bergsonismo* se convirtió en una moda y donde Bergson alcanzó una fama inmensa como conferenciante.

Bergson había nacido el mismo año de la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin y su obra no podía ignorar el formidable desafío intelectual que representaba. Consciente del conflicto entre religión y evolucionismo, introduce en su obra más famosa y popular *La evolución creadora* (1907) el concepto de *élan vital*, una especie de fuerza vivificadora, un impulso for-

mativo evolutivo, que transforma radicalmente toda realidad introduciendo la «mayor suma posible de indeterminación y libertad». Bergson, apoyándose en argumentos científicos y filosóficos, desarrolla en dicha obra un evolucionismo no darwinista, creativo y no determinista, que salvaguarda el espacio de la religión, entendida ésta no como ortodoxia sino como expresión de la evolución de la inteligencia.

La evolución creadora es, por tanto, una filosofía de la vida. La vida es un proceso de permanente creación impulsado por el *elán vital* que se despliega en formas nuevas y diferenciadas: la vegetal, la animal y la humana. Estas formas diferenciadas son el resultado de la penetración de la materia. En este proceso, la intuición tiene un papel fundamental para el hombre, pues le permite participar del impulso creador mediante la profundización de la conciencia al fundir intuición e inteligencia.

Entre sus obras menores merece la pena reseñar su *Introducción a la metafísica* (1903) que se convertirá desde el momento mismo de su publicación en el manifiesto metodológico del bergsonismo. En este texto, que prepara el horizonte desplegado en *La evolución creadora*, Bergson contrapone la intuición, saber absoluto, a la inteligencia geométrica o analítica, propia del conocimiento científico. El primer tipo de conocimiento, el de la intuición, es total, inmediato y alcanza el núcleo de las cosas por simpatía. El segundo, el conocimiento científico, es útil para hacer cosas, para actuar sobre el mundo, pero resulta inadecuado para conocer la realidad esencial de las cosas porque ignora la duración que constituye la realidad más profunda de todo.

En *La risa*, un breve librito de 1900, Bergson hace aplicación específica de su filosofía al tema de lo cómico en la vida humana: el hombre es el resultado espiritual de un mundo que se mueve al igual que él mismo por impulsos mecánicos y la risa brota de la contemplación de ese hombre mecanizado.

A partir de 1914, impresionado por el drama humano de la Primera Guerra Mundial, Bergson se retira de su actividad docente e investigadora en el Collège de France para dedicar sus esfuerzos a la abolición de las guerras. En consonancia con esta preocupación presidió el comité para el entendimiento intelectual establecido por la Sociedad de Naciones. En 1915 fue elegido miembro «de los cuarenta inmortales» de la Académie Française y en 1927 le fue concedido el premio Nobel de literatura.

Sorprendentemente, no es sino hasta 1932 cuando aparece una nueva gran obra de Bergson: *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. En este libro la polaridad entre dos formas de conocer que estructura sus obras anteriores se desplaza al terreno de la moral y de la religión. Así, en la vida moral y religiosa de los hombres descubre dos sociedades, la cerrada y la abierta. La primera se expresa en la conformidad con las leyes y las costumbres. La segunda la ejemplifican las aspiraciones de los héroes y la mística de los santos, pues unos y otros van más allá de los estrechos márgenes de las sociedades en que viven. Hay pues dos morales o dos fuentes de la moral: una tiene su raíz en la inteligencia y conduce al ideal estático y mecánico de la ciencia; la otra está fundada en la intuición y encuentra expresión en la libre creatividad del arte y de la filosofía, pero también en la experiencia

mística. En este libro último, Bergson se aproxima todavía más a la religión en su sentido tradicional y, en particular, al catolicismo.

El filósofo británico Bertrand Russell, que está en las antípodas filosóficas respecto a Bergson, señaló que «el resultado principal de la filosofía de Bergson es conservador y conjunta bien con el movimiento que culminó en Vichy». Sin embargo, este juicio no puede ser más injusto con el valor moral de la figura del filósofo francés. Como dejó escrito en su testamento de 1937 «mis reflexiones me han llevado cada vez más cerca del catolicismo y en él veo el desarrollo completo del judaísmo». Sin embargo, su adhesión al catolicismo fue sólo moral y no llegó a convertirse: «me habría convertido si no hubiera percibido, durante años, la enorme ola de antisemitismo que estaba a punto de cernirse sobre el mundo. Quise permanecer junto a aquellos que mañana serían perseguidos». Y así, rehusó a que se le excluyera de las leyes racistas de Vichy, a lo que tenía derecho como francés «eminente» y se levantó de la cama en la que estaba postrado y agonizante para registrarse como judío pocas semanas antes de morir, en París, el 4 de enero de 1941.

Ángel Rivero

Universidad Autónoma de Madrid

1. La duración y el método

A) Naturaleza de la duración

1. La duración como experiencia psicológica

La existencia de que estamos más seguros y que conocemos mejor es indiscutiblemente la nuestra, porque de todos los demás objetos poseemos nociones que pueden juzgarse exteriores y superficiales, mientras que a nosotros mismos nos percibimos interiormente, profundamente. ¿Qué comprobamos entonces? ¿Cuál es, en este caso privilegiado, el sentido preciso de la palabra «existir»? [...]

En primer lugar compruebo que paso de un estado a otro estado. Tengo frío o calor, estoy alegre o triste, trabajo o no hago nada, miro lo que me rodea o pienso en otra cosa. Sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones, tales son las modificaciones entre las que se

reparte mi existencia y que la colorean alternativamente. Cambio, pues, sin cesar. Pero decir esto no basta. El cambio es mucho más radical de lo que se creería en primera instancia.

En efecto, hablo de cada uno de mis estados como si formase un bloque. Digo, y con razón, que cambio, pero el cambio me parece residir en el paso de un estado al estado siguiente: de cada estado, considerado aisladamente, quiero creer que sigue siendo lo que es durante todo el tiempo que se produce. Sin embargo, un ligero esfuerzo de atención me revelaría que no hay afecto, representación ni volición que no se modifique en todo momento; si un estado de alma cesase de variar, su duración cesaría de transcurrir. Tomemos el más permanente de los estados internos, la percepción visual de un objeto exterior inmóvil. El objeto puede permanecer idéntico, y yo puedo mirarlo desde el mismo lado, bajo el mismo ángulo, con la misma luz: la visión que de él tengo no por ello difiere menos de la que acabo de tener, aunque no fuera más que porque la visión ha envejecido un instante. Ahí está mi memoria, que inserta algo de ese pasado en este presente. Mi estado de alma, al avanzar en la ruta del tiempo, crece continuamente con la duración que recoge; por decirlo así, hace bola de nieve consigo mismo. Con mayor motivo ocurre eso en los estados más profundamente interiores, sensaciones, afectos, deseos, etc., que no corresponden a un objeto exterior invariable, como es el caso de una simple percepción visual. Pero resulta cómodo no prestar atención a este cambio ininterrumpido, y notarlo sólo cuando crece lo suficiente para imprimir al cuerpo una nueva actitud, y

a la atención una dirección nueva. En ese preciso instante encontramos que hemos cambiado de estado. La verdad es que se cambia sin cesar, y que el estado mismo es ya cambio.

Es decir, que no hay diferencia esencial entre pasar de un estado a otro y persistir en el mismo estado. Si el estado que «permanece idéntico» es más variado de lo que puede creerse, a la inversa, el paso de un estado a otro se parece más a un mismo estado que se prolonga de lo que se imagina: la transición es continua. Pero precisamente porque cerramos los ojos a la incesante variación de cada estado psicológico, nos vemos obligados, cuando la variación se ha hecho tan considerable que se impone a nuestra atención, a hablar como si un nuevo estado se hubiera yuxtapuesto al precedente. De ése suponemos que, a su vez, permanece invariable, y así consecutiva e indefinidamente. La aparente continuidad de la vida psicológica radica, por tanto, en que nuestra atención se fija sobre ella mediante una serie de actos discontinuos: donde no hay más que una suave pendiente, siguiendo la línea quebrada de nuestros actos de atención, creemos percibir los peldaños de una escalera. Ciertamente que nuestra vida psicológica está llena de imprevistos. Surgen mil incidentes que parecen cortar con lo que les precede sin por ello vincularse a lo que les sigue. Pero la discontinuidad de sus apariciones destaca sobre la continuidad de un fondo sobre el que se dibujan y al que deben los intervalos mismos que les separan: son los golpes de timbal que estallan de cuando en cuando en la sinfonía. Nuestra atención se fija en ellos porque le interesan más, pero cada uno de ellos es

llevado por la masa fluida de nuestra existencia psicológica completa. Cada uno de ellos no es más que el punto mejor iluminado de una zona inestable que comprende todo cuanto sentimos, pensamos, queremos, todo cuanto en última instancia somos en un momento dado. Es esta zona entera la que en realidad constituye nuestro estado. Ahora bien, de los estados así definidos puede decirse que no son elementos distintos. Se continúan los unos a los otros en un curso sin fin.

E. C. 1-3

2. La duración y el yo

Lo que demuestra palpablemente que nuestra concepción ordinaria de la duración tiende a una invasión gradual del espacio en el dominio de la conciencia pura, es que, para arrancar al yo la facultad de percibir un tiempo homogéneo, basta con separar de él esa capa más superficial de hechos físicos que él emplea como reguladores¹. El sueño nos coloca precisamente en estas condiciones, porque el sueño, al reducir el juego de las funciones orgánicas, modifica especialmente la superficie de comunicación entre el yo y las cosas exteriores. Entonces no medimos la duración, pero la sentimos; de

1. Esta ilusión, que nos hace confundir la duración con un tiempo homogéneo, es decir, con «una representación simbólica extraída de la extensión», es constantemente denunciada por Bergson. Se encontrará su análisis detallado en los textos 6, 7 y 8.

cantidad pasa al estado de calidad; la apreciación matemática del tiempo transcurrido deja de hacerse, cediendo el puesto a un instinto confuso, capaz, como todos los instintos, de cometer groseros desprecios y también a veces de proceder con una seguridad extraordinaria. Incluso en el estado de vigilia, la experiencia diaria deberá enseñarnos a establecer la diferencia entre la duración-calidad, aquella que la conciencia alcanza de modo inmediato, la que probablemente percibe el animal, y el tiempo por así decir materializado, el tiempo hecho cantidad por un desarrollo en el espacio. En el momento en que escribo estas líneas, suena la hora en un reloj vecino; pero mi oído, distraído, no lo percibe hasta que han sonado ya varias campanadas; por tanto no las he contado. Y, sin embargo, me basta un esfuerzo de atención retrospectivo para hacer la suma de las cuatro campanadas que ya han sonado, y añadirles las que oigo. Si entrando en mí mismo, me pregunto entonces cuidadosamente por lo que acaba de ocurrir, me doy cuenta de que los cuatro primeros sonidos habían alcanzado mi oído e incluso conmovido mi conciencia, pero que las sensaciones producidas por cada uno de ellos, en vez de yuxtaponerse, se habían fundido unos en otros, de tal modo que dotaban al conjunto de un aspecto propio, de tal modo que hacían de él una frase musical. Para evaluar retrospectivamente el número de campanadas, he tratado de reconstruir esa frase mediante el pensamiento; mi imaginación ha hecho sonar una campanada, luego dos, luego tres y cuando ha llegado al número exacto de cuatro, la sensibilidad, consultada, ha respondido que el efecto total difería cuali-

tativamente. Había comprobado, por tanto, a su manera la sucesión de las cuatro campanadas dadas, pero de forma muy distinta a la adición y sin hacer intervenir la imagen de una yuxtaposición de términos distintos. En pocas palabras, el número de campanadas ha sido percibido como cualidad, y no como cantidad; la duración se presenta así a la conciencia inmediata y conserva esta forma mientras no ceda el puesto a una representación simbólica, sacada de la extensión. Por tanto, y para concluir, distinguimos dos formas de la multiplicidad, dos apreciaciones muy diferentes de la duración, dos aspectos de la vida consciente. Por debajo de la duración homogénea, símbolo extensivo de la auténtica duración, una psicología atenta distingue una duración cuyos momentos heterogéneos se penetran; por debajo de la multiplicidad numérica de los estados conscientes, una multiplicidad cualitativa; por debajo del yo en los estados bien definidos, un yo en el que sucesión implica fusión y organización. Pero nosotros nos contentamos las más de las veces con el primero, es decir, con la sombra del yo proyectada en el espacio homogéneo. La conciencia, atormentada por un insaciable deseo de distinguir, sustituye el símbolo por la realidad, o no percibe la realidad más que a través del símbolo. Como el yo, así refractado, y por lo mismo subdividido, se presta infinitamente mejor a las exigencias de la vida social en general y del lenguaje en particular, ella lo prefiere y pierde paulatinamente de vista el yo fundamental.

D. I. 94-96

3. Más allá de la psicología: la duración es el todo

La sucesión es un hecho indiscutible, incluso en el mundo material. Nuestros razonamientos sobre los sistemas aislados no implican que la historia presente, pasada y futura de cada uno de ellos se despliegue de un solo golpe, como un abanico; esa historia se desarrolla poco a poco, como si ocupase una duración análoga a la nuestra. Si quiero prepararme un vaso de agua azucarada, por más que haga debo esperar a que el azúcar se disuelva. Este pequeño hecho está lleno de enseñanzas. Porque el tiempo que tengo que esperar no es ese tiempo matemático que también se aplicaría a lo largo de la historia entera del mundo material, aunque ésta se expusiese toda de una vez en el espacio. El tiempo coincide con mi impaciencia, es decir, con una determinada porción de mi duración en mí, que no es extensible ni reducible a voluntad. No se trata ya de lo pensado, sino de lo vivido. No es ya una relación, sino lo absoluto². ¿Y no supone esto decir que el vaso de agua, el azúcar y el proceso de disolución del azúcar en el agua no son sin duda más que abstracciones, y que el Todo en el que están recortados por mis sentidos y mi entendimiento progresa quizá a la manera de una conciencia?

Por supuesto, la operación mediante la cual la ciencia aísla y cierra un sistema no es una operación completamente artificial. Si no tuviese una base objetiva, no podría explicarse que fuera indicada en ciertos casos e imposible en otros. Veremos que la materia tiene tendencia

2. Cfr. texto 10.

a construir sistemas aislables, que se puedan tratar geoméricamente³. La definiremos incluso por esa tendencia. Pero no es más que una tendencia. La materia nunca va hasta el final, y el aislamiento no es jamás completo. Si la ciencia va hasta el fin, y aísla completamente, es por comodidad del estudio. Sobreentiende que el sistema, aislado, permanece sometido a determinadas influencias exteriores. Las deja simplemente de lado, bien porque las encuentra lo suficientemente débiles como para despreciarlas, bien porque se reserva para tenerlas en cuenta más tarde. No es menos cierto que estas influencias son otros tantos hilos que unen el sistema a otro más vasto, éste a un tercero que los engloba a ambos, y así consecutivamente hasta que se llega al sistema más objetivamente aislado y más independiente de todos, el sistema solar en su conjunto. Pero incluso aquí, el aislamiento no es absoluto. Nuestro sol irradia calor y luz más allá del planeta más lejano. Y, por otra parte, se mueve, arrastrando consigo los planetas y sus satélites, en una dirección determinada. El hilo que le une al resto del universo es sin duda muy tenue. Y, sin embargo, a lo largo de este hilo se transmite, hasta la parcela más pequeña del mundo en que vivimos, la duración inmanente al todo del universo.

El universo dura. Cuanto más profundicemos en la naturaleza del tiempo, tanto más comprenderemos que duración significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo⁴. Los sistemas

3. Cfr. textos 57, 60 y 67.

4. Cfr. texto 74.

delimitados por la ciencia no duran porque se hallan indisolublemente ligados al resto del universo. Ciertamente que en el propio universo hay que distinguir, como más adelante diremos, dos movimientos opuestos, uno de «descenso», otro de «ascenso»⁵. El primero no hace más que extender un rollo ya preparado. En principio podría realizarse de un modo casi instantáneo, como ocurre con un resorte que se distiende. Pero el segundo, que corresponde al trabajo interior de maduración o de creación, dura esencialmente, e impone su ritmo al primero, que es inseparable de él.

E. C. 9-11

4. El Todo y la Vida

Responderemos que no ponemos en duda la identidad fundamental de la materia bruta y de la materia organizada⁶. La única cuestión estriba en saber si los sistemas naturales que llamamos seres vivos deben asimilarse a los sistemas artificiales que la ciencia recorta en la materia bruta, o si no sería mejor compararlos con ese sistema natural que es el todo del universo. Estoy de acuerdo en que la vida sea una especie de mecanismo. Pero ¿se trata del mecanismo de las partes artificialmente aislables en

5. Cfr. texto 57.

6. Ciertos biólogos reprochan a la filosofía de la vida postular la distinción de dos materias. Bergson va a demostrar que el problema de una filosofía de la vida preocupada por salvaguardar la especificidad de su objeto no conduce en modo alguno a ese punto.

el todo del universo, o el del todo real? El todo real podría muy bien ser, decíamos nosotros, una continuidad indivisible; los sistemas que en él recortamos no serían entonces, propiamente hablando, partes; serían consideraciones parciales tomadas sobre el todo. Y con estas consideraciones parciales tomadas una detrás de otra, no lograríais siquiera un principio de recomposición del conjunto, de la misma manera que multiplicando las fotografías de un objeto, desde mil enfoques diversos, no lograríais reproducir la materialidad. Lo mismo ocurre con la vida y con los fenómenos físico-químicos en los que se pretendiese resolverla. Sin duda, el análisis descubrirá en los procesos de creación orgánica un número creciente de fenómenos físico-químicos. Y a ellos se atenderán los químicos y los físicos. Pero de eso no se deduce que la química y la física deban darnos la clave de la vida.

Un elemento muy pequeño de una curva es casi una línea recta. Y se asemejará tanto más a una línea recta cuanto más pequeño se tome. En última instancia podrá decirse, según se quiera, que forma parte de una recta o de una curva. En efecto, en cada uno de sus puntos, la curva se confunde con su tangente. Así, la «vitalidad» es tangente en no importa qué punto con las fuerzas físicas y químicas; pero estos puntos, en suma, no son más que las consideraciones de un espíritu que imagina paradas en tales o cuales momentos del movimiento generador de la curva. En realidad, la vida no está más hecha de elementos físico-químicos que una curva de líneas rectas.

E. C. 30-31

5. El todo y la coexistencia de las duraciones

En rigor, podría no existir más duración que la nuestra, como podría no haber en el mundo más color que el anaranjado, por ejemplo. Pero así como una conciencia a base de color, que simpatizara interiormente con el anaranjado en lugar de percibirlo exteriormente, se sentiría cogida entre el rojo y el amarillo, presentaría quizá, por debajo de este último color, todo un espectro en el que se prolonga, naturalmente, la continuidad que va del rojo al amarillo, así la intuición de nuestra duración, lejos de dejarnos suspendidos en el vacío como haría el puro análisis, nos pone en contacto con toda una continuidad de duraciones que nosotros debemos tratar de seguir, bien hacia abajo, bien hacia arriba: en ambos casos podemos dilatarnos indefinidamente mediante un esfuerzo cada vez más violento; en ambos casos nos trascendemos a nosotros mismos. En el primero, nos dirigimos hacia una duración cada vez más dispersa, cuyas palpitaciones, más rápidas que las nuestras, al dividir nuestra sensación simple, diluyen la calidad en cantidad: en el límite estaríamos frente a lo puro homogéneo, a la pura *repetición* mediante la cual definiríamos la materialidad. Al dirigirnos hacia el otro sentido, vamos a una duración que se extiende, que se encoge, que se intensifica cada vez más: en el límite estaría la eternidad. No la eternidad conceptual, que es una eternidad de muerte, sino una eternidad de vida. Eternidad viva y por consiguiente inestable todavía, donde nuestra duración se hallaría como las vibraciones en la luz y que sería la concreción de toda duración como la materialidad es su